

Ni un héroe con bata menos

CORAZONADAS

CÉSAR CASAL

Claro que son héroes. Como todos los que están en el frente y los que están en sus casas, confinados. Los héroes de la pandemia llevan batas en vez de capas y necesitan con urgencia material de protección. Están en el frente más duro de la batalla y deben cumplir los protocolos de higiene para cuidarse y cuidarnos mejor. Para hacerlo necesitan ayuda para atear. No valen las buenas palabras. Solo sirven los hechos. Van a llegar más test. Van a... Es lenguaje de político. Menos enjuagarse la boca con promesas, que es lo que más y mejor sabe hacer el Gobierno. Todas las comunidades autónomas están clamando por medios. Por esas mascarillas, por esos guantes, por esos test. Tuvimos mil avisos. No. Un millón de avisos. Y dio igual. No creíamos inmunes. Europeos, demasiado autosatisfechos e indulgentes. Permitimos la Champions, las últimas jornadas de Liga, las manifestaciones. Teníamos a Italia al lado. Tenemos a Madrid al lado. No pasó nada. Derechos todos, ¿y los deberes? Estamos pagando por los deberes que no hicieron unos pocos. Pero ahora hay que remar unidos. El enemigo es el bicho. No podemos estar en cifras del 12 % de personal sanitario contagiado. Ni un sanitario sin las protecciones necesarias. Menos burocracia. O *burrocracia*. Ojalá que esta clase política sin clase empiece a actuar con la rapidez de las decisiones en la empresa privada. Como han hecho Inditex y muchas otras compañías. Al votar, tal vez sin darnos cuenta, les pusimos nuestras vidas en sus manos, literalmente. Actúen. Eviten más contagios entre los sanitarios. Es la prioridad de las prioridades. ¿O quién va a quedar para atender a nuestros enfermos cuando más lo necesitan? Cuida a quien te cuida.

El culto a la vida

EN LÍNEA

SEGISMUNDO GARCIA

Periodista y empresario

Defienden la inmensa mayoría de los «cultos y/o estudiados» del planeta que la vida es un bien supremo que todos debemos respetar y resguardar. Pero no siempre fue así. Filósofos y pensadores de todos los tiempos y de todas las culturas discutieron y reflexionaron sobre cuál podría ser el *summum bonum* o fin último que todos los hombres deberían perseguir, difundir y proteger; y desde los utilitaristas hasta los hedonistas, desde Cicerón hasta Kant, las respuestas nunca fueron unívocas, pero sí más elaboradas que el actual culto a la vida (sin más, es decir, vivir por vivir).

En los últimos decenios parte de la humanidad nos hemos acostumbrado a vivir en eso que denominamos estado de bienestar, en donde la incertidumbre, el sufrimiento o la tribulación están proscritas. Sin

Cáncer y COVID-19: lo superaremos

TRIBUNA

LUIS MARÍA ANTÓN APARICIO

En representación de los miembros del servicio de Oncología del Chuac. Grupo Investigación INIBIC

Albert Camus escribió en *La Peste*: «Ha habido en el mundo tantas pestes como guerras y, sin embargo, pestes y guerras cogen a las gentes siempre desprevenidas». Vivimos momentos inestables, sociales, políticos, económicos, pero sobre todo de salud. Respecto a la salud es importante estar prevenidos, siempre y en todo momento, pero en especial en el que estamos viviendo a nivel mundial: por la pandemia vírica por el virus SARS-CoV-2 (coronavirus).

En este sentido se están implementando una serie de acciones, hacia las personas como individuos desde el punto de vista epidemiológico, y a las colectividades desde las distintas administraciones públicas.

A nivel de colectividad y educación sanitaria debemos recalcar que la transmisión del virus se hace por microgotas del árbol respiratorio de las personas contagiadas, pudiendo también transmitirse a través de las manos o superficies contaminadas por secreciones. No somos conscientes de la cantidad de veces que hacemos gestos tan ordinarios como rascarnos la nariz o frotarnos los párpados. Por eso es básica una buena higiene de las manos. Algo tan sencillo que puede frenar de forma drástica la transmisión del coronavirus. Una buena limpieza de todas las superficies posibles contaminadas es parte del proceso para conseguir el mismo fin: parar el contagio. Ahora más que nunca, todas estas medidas de higiene y de aislamiento social deben ser extremadas en los pacientes con cáncer.

En esta misma dirección, distintos servicios de oncología médica del Estado español han puesto en marcha medidas encaminadas a preservar y garantizar la asistencia de los pacientes con cáncer minimizando el contagio del virus en la medida de lo posible. El Servicio de Oncología Médica del Área Sanitaria de A Coruña no ha perma-

necido inerte y ha adoptado, en esta misma dirección, sus propias medidas para que los pacientes oncológicos reciban la asistencia especializada que precisan día a día, medidas que iremos adaptando según vaya evolucionando la situación. Desde que se declaró el estado de alarma, hace pocos días, los desplazamientos se han limitado por razones obvias. Por ello, en la medida de lo posible, recomendamos utilizar transportes particulares en vez de colectivos para acceder al centro hospitalario, y, en caso de optar por los últimos, mantener la distancia de seguridad.

A nivel individual, minimizar la circulación de personas en los hospitales, y específicamente en los hospitales de día de oncología, se ha convertido también en objetivo prioritario, por lo que, a pesar de lo que supone, hemos limitado el acompañamiento de familiares en nuestras salas de espera y en nuestros centros de día y hemos suprimido la asistencia de voluntarios, visitas de la industria farmacéutica o proveedores prescindibles.

Muchos de los pacientes oncológicos deben seguir acudiendo periódicamente a los hospitales de día para recibir tratamiento, y lo harán, pero con la instauración de la teleconsulta pretendemos limitar la frecuentación al centro sanitario, facilitar las revisiones, comunicación de resultados de pruebas,

control de síntomas, prescripción y ajuste de medicación de soporte, y también la distribución de medicamentos orales oncológicos a domicilio. La instauración de teleasistencia es una de las herramientas claves que el Servicio de Oncología Médica ha puesto en marcha con incuestionables resultados para el paciente.

La información que disponemos sobre el cáncer y la enfermedad COVID-19 es limitada. No hay evidencia de que el coronavirus empeore la propia patología cancerosa, ni la respuesta a los distintos tratamientos oncológicos, pero el efecto inmunosupresor de muchos tratamientos para el cáncer puede ocasionar a los pacientes una mayor susceptibilidad a la aparición de infecciones, sean del tipo que sean...

En aproximadamente el 80 % de los casos, la enfermedad COVID-19 cursa de un modo leve, con fiebre, dolor de garganta, dolor de cabeza, secreción nasal y molestias musculares, y recomendamos a nuestros pacientes que contacten y comuniquen con los canales establecidos la presencia de dichos síntomas para establecer las recomendaciones pertinentes y evitar su presencia en la medida de lo posible en el ámbito hospitalario.

Desde el Servicio de Oncología Médica del Chuac y su grupo de investigación apelamos a la responsabilidad colectiva, a la colaboración conjunta, y al apoyo sin fisuras a todos y cada uno de nuestros pacientes y sus familias de todos los profesionales implicados (médicos, farmacéuticos, enfermeras, auxiliares de enfermería, investigadores, informáticos, administrativos...). Porque se trata de un problema global. Y está en manos de todos el conseguir frenarlo.

Finalizando con Camus, también en *La peste* escribe que «en el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio». Y es todo lo que estamos viendo estos días. Siguiendo las recomendaciones de las autoridades sanitarias y buscando información y apoyo en los profesionales de la salud conseguiremos combatir algo más terrible que esta peste que nos ha tocado vivir: el miedo.



ILUSTRACIÓN MARÍA PEDREDA

reparar que la vida es también eso, y, finalmente, coronada (nunca mejor utilizado el participio) por la enfermedad y la muerte.

Por eso nos asustamos cuando la enfermedad llama a nuestras puertas, y hasta el extremo de quedar paralizados, cuando desconocemos la causa y el remedio. Pero desde el cólera hasta el tífus, las pandemias han diezmando y reconfigurado las organizaciones sociales a través de los tiempos. No se puede entender la conquista de América sin las infecciones que los europeos propagamos entre los indígenas.

La humanidad peca de soberbia y engrandecimiento y mitifica la vida como un valor en sí mismo. Está equivocada: la vida es un misterio y el hombre un transeúnte fugaz, transportista de infinidad de virus y bacterias que, mientras vive, mata el tiempo en juegos, quimeras, emprendimientos y contiendas hasta que un cataclismo o un microbio aguerrido le devuelve a su realidad existencial, haciéndole ver lo insignificante de su vida y lo absurdo de la mayoría de sus desvelos (anda por ahí una niña predicando el fin del mundo —con mucho éxi-

to de público— que, imagino, ahora, reconducirá sus advertencias y admoniciones).

Lo que nos acontece con este coronavirus ya ocurrió en otros tiempos y volverá a suceder en el futuro. Cambia el enfoque y el método: ahora no atribuimos la desgracia al enfado de los dioses, ni rehuimos el trato con el apestado. Todo un avance. Pero las medidas preventivas que han tomado nuestros gobernantes nada tienen que envidiar a las sobrevenidas en tiempos de guerra. Cerrar el comercio, tapiar las fronteras, impedir las comunicaciones colapsará un sistema que, con sus imperfecciones, funcionaba y generaba en grandes capas de la población el tan ansiado bienestar.

Ya hay quien pretende aprovechar el *shock* para cambiar las reglas y normas de la organización social según su conveniencia ideológica. Pero no es fácil replantear un sistema y que no haya trastornos y quiebras sociales. El que los engranajes y pactos colectivos funcionen es una labor ardua que ha requerido años de análisis y tanteo. La reanimación del sistema será laboriosa, lenta y muy costosa. Por eso, qui-

zá, los gobernantes hubiesen estado más acertados si ante el reto infeccioso hubieran concentrado recursos en intentar paliar la calamidad allí donde se produzca, pero permitiendo que la actividad humana fuese acompañando su ritmo a la magnitud de la hecatombe.

Para eso, naturalmente, tendríamos que tener autoridades que examinasen la situación con criterio, contasen la verdad, y supiesen liderar los malos tiempos sin subterfugos propagandísticos. Es decir, sin ver héroes donde debería haber profesionales que cumplen con su deber, ni posibles víctimas en donde van a aparecer miles de muertos.

Y también la población debería asumir que en tiempos de zozobra y adversidad hay que hacer de la necesidad virtud, no reclamar lo inviable y asumir las carencias y deficiencias que por desgracia acompañan a las calamidades, procurando sobreponerse al infortunio.

Peró paralizar el país (y el planeta) ni va a solucionar la epidemia, ni va a facilitar la pronta recuperación del sistema.